

SERMON

DE SAN LEANDRO,

ARZOBISPO DE SEVILLA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

DESTRUYÓ LA HEREJÍA Y RESTABLECIÓ LA PUREZA DE LA FE Y LA PAZ EN NUESTRA ESPAÑA POR SU VIRTUD, SU CIENCIA Y SU FORTALEZA.

Abstulit ergo Josias cunctas abominationes de universis regionibus filiorum Israel: et fecit omnes qui residui erant in Israel, servire Domino Deo suo. Cunctis diebus ejus non recesserunt á Domino Deo patrum suorum.

II. Paralipom., c. 34. v. últ.

«Josías quitó todas las abominaciones de todas las tierras de los hijos de Israel, destruyó todos los altares que habian levantado en las alturas para adorar á los ídolos, é hizo que todos los que habian quedado en Israel sirviesen al Señor su Dios. Todo el tiempo que vivió no se apartaron del Señor Dios de sus padres.» Tal es, hermanos míos, el elogio que se hace en los libros santos del piadoso rey Josías y por lo que acompañará siempre la bendición á su memoria. ¿Qué puedo decir mas á propósito en elogio del bienaventurado san Leandro, exterminador de la herejía arriana, reparador de la fe, de la pureza de costumbres y de la paz de nuestra España despues de los días de sus desgraciadas guerras, trastornos y multiplicadas abominaciones y pecados? ¿Cómo podré daros á conocer con mas expresion y claridad á este apóstol de los godos, á este monje lleno de piedad y virtud, á este ornamento brillante de la dignidad episcopal, á este doctor esclarecido, á este político lleno

de la ciencia de Dios, que presentando el cuadro de sus obras y el resultado de su celo y sus fatigas apostólicas, al modo que el sagrado texto nos presenta el del religioso Josías? Destruyó las abominaciones, arrojó la herejía de nuestra España, restableció la pureza de la fe y con ella la paz y un reinado feliz en que los españoles sirvieron al Señor Dios de sus padres.

¿Esperais acaso verle al frente de grandes ejércitos, rodeado de la fuerza, de las riquezas ó del favor de los grandes y poderosos de la tierra para llevar adelante tan asombrosa empresa? ¿Esperais oír los esfuerzos del valor de un guerrero ó los ardidés de la sagacidad y prudencia de un político del mundo? Las obras de Dios se consiguen y completan por otros medios. Josías, sin embargo de ser el rey de Israel y depositario del poder, no redujo á su pueblo al culto del verdadero Dios y le hizo gustar las dulzuras de la paz con la fuerza, sino haciendo un pacto delante de Dios de seguir sus caminos, guardar sus preceptos y observar todo lo que estaba escrito en el libro de la ley con todo su corazon y con toda su alma. Leandro, aunque de ilustre y noble nacimiento, aunque entroncado con los mismos reyes godos, no fué mas que un monje, un obispo, un santo, y con su virtud, su ciencia y su fortaleza completó la obra de destruir la herejía y restablecer el verdadero culto y pureza de la fe y las costumbres de nuestra España en el siglo sexto, para la que el Señor le destinó en los adorables recursos de su Providencia sobre esta nacion siempre combatida y siempre triunfante de los enemigos de sus católicas creencias.

Presentado tengo ya el objeto de mi discurso, encaminado y reducido á manifestaros que san Leandro destruyó la herejía, y restableció la pureza de la fe y la paz en nuestra España con su virtud, su ciencia y su fortaleza. Admirémos la obra de Dios por medio de su siervo nuestro santo, y bendigámosle. Aprendamos los medios por los que se consiguen los grandes beneficios y se llega al logro de las grandes empresas, y no demos jamas cabida en nuestro corazon á la política mundana, á esa perversidad con que todo se santifica y se pone en juego, atropellando los mas sagrados derechos por conseguir el fin que se pretende. Demos gloria á Dios, honor y alabanza á nuestro santo, y procuremos imitarle. Este es el destino de mi ministerio, lo que me toca procurar y exigir de vosotros, y para lo que tenemos que empezar recurriendo al Señor y pidiéndole

su gracia por la intercesion de su santísima Madre. *Ave Maria.*

La herejía de Arrio, tenaz en desconocer y negar la divinidad de nuestro señor Jesucristo y en persuadir que no era el Hijo unigénito y consustancial del eterno Padre sino un puro hombre, se habia introducido en España y se extendia con el favor de los reyes, muy especialmente de Leovigildo. Públicos y sabidos son de todos los tiempos y circunstancias los medios de opresion y de iniquidad de que se vale el error y la mentira para conservarse en sus triunfos, y las violencias con que persigue á los que defienden la verdad y no se hacen sus partidarios y prosélitos. El temor de la persecucion y los castigos, el no exponerse á los desprecios y las burlas, el mal ejemplo de los reyes y poderosos, todo contribuía á que se abrazase el error y la impiedad de Arrio, y era necesario un don muy especial de Dios en el siglo sexto para que los españoles se atreviesen á ser católicos y confesar su fe en medio de tantos enemigos y de tantos peligros. San Leandro sin embargo tuvo la dicha de nacer de unos padres no solamente católicos, sino tambien ejemplares y virtuosos, que es lo que hace su verdadero mérito, mas que las distinciones de su nobleza, de su linaje, de sus destinos y profesion, de su parentesco con los reyes y que todo lo que aprecia el mundo y con lo que tan neciamente se envanece. San Leandro fué el primer fruto del matrimonio dichoso de Severiano y Turtura, tan abundante de frutos de bendicion y santidad, que pueden gloriarse estos virtuosos esposos de haber dado cuatro hijos santos al cielo, y otros tantos ejemplares de virtud y de ciencia á la iglesia.

La milicia, que era la profesion de Severiano en el departamento de Cartagena, no estorbó el dar á san Leandro una educacion esmerada y religiosa; y la buena índole y disposicion de san Leandro contribuyó á recibir con gusto y á adelantar con rapidez, no ménos en el conocimiento y estudio de las letras que en la práctica de las virtudes. El Señor le destinó para cosas grandes, para dar la libertad á su pueblo y restablecer la fe católica en España, y desde los principios le dotó de sus gracias y de aquellas prendas extraordinarias con que enriquece á sus escogidos.

Diversiones y pasatiempos peligrosos de la juventud; espe-

ranzas de un mundo lisonjero; pasiones desenfrenadas que torceis las mejores inclinaciones y arrancais las semillas de la virtud sembradas en la niñez; compañías contagiosas que robais el pudor, la modestia, la inocencia, y envolveis en el libertinaje y la corrupcion, huid, no teneis entrada en el noble corazon del jóven y virtuoso Leandro. Nada es capaz de pervertirle ni separarle de la virtud. En medio de una fortuna con que poder satisfacer sus antojos, en los peligros de la edad, de las compañías, en los riesgos á que le exponia su misma distinguida calidad y sus aventajados talentos, se dejó conocer siempre como un ejemplar de modestia, de humildad, de compostura, y su presencia sola bastaba para contener y edificar á los demas.

Bien pronto conoció los peligros del mundo y el lamentable estado de su patria, y temeroso del contagio, renunciando á todas sus esperanzas y á la fortuna con que le brindaba el mundo; deseoso de destruir los errores y los vicios, y de que entrasen todos en la senda de la verdad y la justicia, empezó por santificarse á sí mismo para ganar con su ejemplo á los demas. No tiene fuerzas ni poder para contener el mal, ni para derribar los ídolos que se han formado los hombres en mengua de su Dios y de su Salvador, y corre cuando apenas tiene edad para tender su vista y distinguir los sucesos de la tierra, corre desprendiéndose de todos los afectos, á unirse á los verdaderos adoradores del Dios vivo, y á orar como Moises para que no venga el exterminio de su pueblo.

El monasterio de san Benito de la ciudad de Sevilla le vió entrar por sus puertas, para santificarse en él y sepultar allí todas sus esperanzas en cambio de conservar su inocencia y acrecentar su virtud. Allí creció á la sombra del santuario y se explayó su alma, libre ya de un gran número de enemigos, y fortalecida con los repetidos y continuos ejemplos de virtud de los monjes: allí trabajó para adquirir la ciencia de los santos no solo con el estudio de las sagradas letras, sino tambien con la práctica de la austeridad, del ayuno, de la oracion, del silencio, de todas las virtudes: allí levantaba sus manos y sus fervorosas oraciones al cielo para alcanzar del Señor el fin de la herejía y de las persecuciones que sufría en su patria la fe católica; allí concebía los deseos generosos y santos de sacrificarse y ser anatema por su fe, de sufrirlo todo, perderlo todo, de morir por la confesion de su fe: allí era conocido de todos por su ciencia,



por sus saludables consejos y exhortaciones, por su extraordinaria virtud, y él solo era quien no se conocía á sí mismo, porque su modestia, su humildad no le dejaba ver sino sus defectos, ni reputarse por otro que por el último, el mas inútil y despreciable de los siervos del Señor, por un pecador y miserable.

¿Qué importa que el justo trate de ocultarse y llorar en silencio sus calamidades y los males de su pueblo? ¿Qué importa que se desconozca á sí mismo y se tenga por inútil, si vela sobre él y le dirige muy de cerca la providencia de su Dios? El mundo mismo hará justicia á su virtud y dará testimonio de su mérito. Tranquilo y sosegado san Leandro en la quietud de su monasterio, contento con gustar las delicias de su retiro y con ocuparse en el estudio y en la práctica de las virtudes, sin otras atenciones ni cuidados que procurar su santificación, y de implorar las misericordias de Dios sobre sus prójimos, recibe la noticia de ser el elegido por aclamacion para arzobispo de Sevilla, cuya cátedra habia quedado vacante. No quería el Señor que quedase escondido este tesoro, ni que se ocultase esta luz sin alumbrar á los domésticos de su santa casa. Habiale ya preparado con una virtud sólida, con una ciencia sana y doctrina pura, y era ya el tiempo de sacar á este humilde David de la casa de su padre, para que pelease en los ejércitos del Dios vivo y derribase al gigante que llenaba de oprobios y de afrenta á su patria y de blasfemias al cielo. Era ya llegado el tiempo de mirar con benignidad á nuestra España, y desterrar de ella el monstruo de la herejía, y que se cumpliesen las miras del Señor sobre su siervo Leandro. Con temor, con humildad, con una entera desconfianza de sí mismo toma sobre sí el terrible cargo que se le ofrece, y el pesado ministerio de apacentar á su grey. No, no le incumbe ya solo el cuidado de santificarse á sí mismo, y de orar y llorar en el retiro los pecados de su pueblo; es preciso que sea un dispensador fiel y cuidadoso, que trabaje sin perdonar fatiga por santificar á los demas; que instruya con sus palabras y su ejemplo; que corrija, que reprenda; que sea un muro puesto en defensa de la casa del Señor, dispuesto á recibir los golpes que se asesten al santuario; que sea un Elías lleno de celo por el Dios de los ejércitos; es preciso que á su eminente virtud y su sana doctrina se una la fortaleza para trabajar, para defender, para plantar, para destruir sin temor alguno á las potestades del mundo, y sin otra mira que agradar

al pastor de los pastores Jesucristo, cuyo ministerio desempeña. Conoce muy bien lo arduo y penoso del cargo que toma sobre sí. Conoce las dificultades y peligros á que el Señor le expone en un tiempo en que los fieles necesitaban ser fortalecidos con los pastos de la sana doctrina, y en que la fe católica estaba tan acometida de poderosos y pertinaces enemigos: acepta el destino que le presenta la divina Providencia, y con él la resolucion de destruir en cuanto le fuese posible el monstruo infernal de la herejía arriana. Para esto empezó por edificar á todos con el ejemplo de sus virtudes y manifestarse el ejemplar de las buenas obras. El mundo, lo mismo que el retiro del claustro, le vió siempre sobrio, casto, modesto, amante de la oracion y del retiro, y vió sobre esto en él todas las virtudes propias y necesarias de un obispo, como primer pastor de la parte del rebaño que Jesucristo le confia. La prudencia en los negocios, la piedad y celo infatigable en las divinas alabanzas y oficios eclesiásticos, la caridad y misericordia con los pobres, la dispensacion de la divina palabra; una vida irreprochable para poder estar dispuesto á argüir y reprender, y que sus enemigos no pudieran echarle en cara la mas pequeña falta. Léjos de ser su nuevo ministerio un motivo de descanso ó un pretexto para mitigar las austeridades de su penitencia y sus ejercicios de piedad, le sirve para aumentarlos y esforzarse mas, como primer soldado de Jesucristo que debe animar con su ejemplo á los demas.

Con estas santas disposiciones peleó contra la herejía fuerte y poderosamente, sin perdonarla hasta en el mismo trono de los reyes. Aquella ciencia de Dios que habia adquirido en el monasterio, la difundia entre sus ovejas, y acompañándola con su ejemplo y sus virtudes, no podia ménos de producir frutos abundantes de salud. Instruía en la verdad infalible de la divinidad de Jesucristo con sus discursos llenos de uncion, de celo y elocuencia; confirmaba á los católicos con sus predicaciones; argüía con solidez á los herejes hasta convencerlos; la blandura, la persuasion, el amor, de todo se valia y todo era poco para su celo y su deseo de atraer á todos al conocimiento de la verdad y aumentar el rebaño de Jesucristo; arguye, ruega, reprende, suplica oportuna é inoportunamente lleno de paciencia y de sabiduría; quisiera sepultar para siempre el error, y el Señor se complace en los trabajos de su siervo, oye sus votos

y súplicas continuas, se dispone á favorecer sus deseos; pero haciendo que pase ántes por la persecucion y las tribulaciones, para que resalte mas su mérito y sea mas abundante su recompensa.

Como el corazon de los reyes está en las manos de Dios y le mueve é inclina segun su voluntad, mirando ya con misericordia á nuestra patria y accediendo á las oraciones de san Leandro, dispuso que el príncipe Hermenegildo pasase á Sevilla con su esposa Ingunda, para fijar su residencia en ella como capital de sus estados. ¿Quién podria decir que el hijo primogénito de Leovigildo, de este rey tan tenaz en sostener la herejía y perseguir á los católicos, que este príncipe educado en la herejía habia de ser un mártir de Jesucristo? San Leandro se congratuló al verle en su ciudad, aprovechó las buenas disposiciones de la princesa, deseosa de la conversion de su esposo, trabajó con celo, instruyó á Hermenegildo en la verdad católica, y este abjuró la herejía, recibió el santo bautismo y la confirmacion por mano de san Leandro, y el Señor le concedió el don de fortaleza con que despues dió su vida en defensa de la fe que habia tan resueltamente abrazado.

No es bastante para el enojo del rey perseguir á su mismo hijo, desheredarle del título de príncipe y de todos sus derechos, resolver en su furor quitarle la vida si no renunciaba la fe que habia abrazado, y cometer el atentado horroroso de mandársela quitar, sino que movió tambien una cruel persecucion contra los católicos, desterró á los obispos, dejó sin pastores á las iglesias y desconsolados los rebaños, saqueó los templos y se entregó á todas las furias de un poderoso irritado, que no oye otros consejos que los de su rabia y desesperacion.

¿Sobre quién habia de descargar con mas fuerza el golpe de la persecucion que sobre el arzobispo de Sevilla, sobre este nuevo Atanasio, defensor acérrimo de la fe católica y perseguidor incansable de la herejía? ¿Sobre el que tuvo valor para acometer la empresa de reducir á la fe al príncipe Hermenegildo, y fortalecerle con sus santas amonestaciones hasta anteponer la muerte á volver al error? Sin respeto alguno ni á su dignidad, ni á su respetable virtud, ni á los vínculos de la sangre con que estaban unidos, hizo que con el mayor rigor, sin provision ni socorro alguno, fuese desterrado á la ciudad de Cartagena.

¿Qué impresion podia hacer esta depravada conducta en un justo lleno de celo por la causa de su Dios, sino la de dar ánimo á su virtud y nuevos esfuerzos á su fervor? ¿Qué podria importar un destierro al que estaba dispuesto á sacrificarse todo por su Dios? Habia manifestado su virtud y su ciencia en el desempeño de su ministerio, y se le presentaba la ocasion de manifestar su fortaleza, peleando en defensa de su fe sin acobardarse por las tribulaciones ni las angustias. Preciso era que viera el mundo que esta alma grande no enmudecia ni se acobardaba á la presencia de los peligros y de las privaciones y desgracias: que anteponia la gracia y amistad de Dios y el honor de su causa á la amistad de los poderosos de la tierra. Desde su destierro alentaba á los católicos con la viva luz de su predicacion, y ya que no podia hacerse oír de su rebaño, se valió de los escritos con que confundia al error, ponía en claro la verdad católica, hacia que pasase su espíritu á sus cartas, y se comunicase con ellas á los fieles, hallando así la virtud para sufrir la persecucion que se les hacia padecer, y la fortaleza para no dejarse arrastrar á la herejía ni por las promesas, ni por el miedo, ni por ningun género de tormentos. Su vista como la de un centinela puesto para guardar y defender la casa del Señor, se extiende por todas partes, y á todas acude sin perdonar fatiga. Con sus santos y piadosos escritos sostiene á los débiles, anima á los tibios, atrae á los extraviados, defiende la fe, convence á la herejía, desvanece los fundamentos y razones de los herejes, instruye á todos, así como edifica á todos con su ejemplo, sin temor á las potestades de la tierra y del infierno combinadas para mortificarle. Los obispos, los sacerdotes, los legos, los atribulados, los que gimen en los conflictos de la persecucion, todos buscan en san Leandro la luz para dirigirse, el consuelo, la fortaleza, la virtud que necesitan para sobrellevar la tribulacion. No podia ocultarse el celo, ni el empeño de nuestro santo por extender y hacer que triunfase la verdad. No podia ménos de llegar á oídos de Leovigildo el celo infatigable y el fervor de san Leandro en defensa de la fe ortodoxa. El mismo Leovigildo tuvo que buscar en él el alivio de sus remordimientos é inquietudes interiores. ¿De qué sirve la opulencia de la tierra y toda la gloria y majestad de los tronos, si no se disfruta la tranquilidad de la conciencia? ¿Cuánto mas apetecible es el sosiego del justo, aunque viva en la perse-

cucion y la miseria, que la prosperidad del pecador interrumpida sin cesar por los remordimientos de su conciencia y la memoria de sus espantosos crímenes? Leovigildo vivia en un continuo sobresalto; la muerte de su inocente hijo se le presentaba en todas partes con todo el horror de tan execrable atentado; la cadena de sus maldades, de sus persecuciones contra los ministros del Señor y sus siervos fieles le agobiaba, y el recuerdo de sus profanaciones le hacia perder la esperanza de su salvacion. Un estado tan violento le puso á las puertas de la muerte, y entónces recurrió á san Leandro, hizo que viniese de su destierro á visitarle, dió este testimonio á la virtud de nuestro santo; dejemos á la justicia de Dios el fallo sobre la sinceridad de su arrepentimiento. San Leandro le oyó como un padre, como un ministro del Dios de paz, y tuvo el placer de que le entregase á su hijo Recaredo, sucesor en el reino, y le encargase que le instruyese como á Hermenegildo en la fe católica, arrancando de su corazon la herejía.

San Leandro sin mas ciencia que la de los santos ni mas recursos que los de su virtud y su fortaleza cristiana, se pone al frente de la nacion española, y desde aquel dia venturoso se deja ver la paz tan deseada y la felicidad verdadera de nuestra patria. Por sus instrucciones y consejos el príncipe Recaredo abrazó la fe católica, abjuró la herejía, levantó el destierro de los obispos, y con su ejemplo, con el acierto de su gobierno, con la buena administracion de justicia, con sus virtudes dispuso á sus vasallos á que abjurasen el error y abrazasen la fe del concilio Niceno. San Leandro, cuyo celo y fortaleza no se saciaba hasta conseguir un completo triunfo, aconsejó al nuevo rey que se reuniese un concilio, que fué el concilio tercero de Toledo, y por consentimiento universal de la nacion se abjuró la herejía, se la desterró de nuestro piadoso reino, se abrazó y confirmó con general gozo la fe del concilio de Nicea, y con ella se dió la paz y los dias serenos á la iglesia y á los pueblos de España. San Leandro fué el primer director, el alma de este concilio de eterna memoria, el autor de la gloriosa empresa de dar la paz á la iglesia y al estado, el apóstol de su tiempo, como lo testificaron los padres del concilio. En él anunciaron sus labios la ciencia de Dios, que tan constantemente habia estudiado en toda su vida; propuso los medios para remediar los males y la corrupcion que se habia introducido; dió gracias á Dios por el

término feliz de la herejía y la persecucion; todo lo atribuyó á Dios sin pensar en sí mismo ni hacer mérito alguno de sus continuos esfuerzos. Á nosotros toca reconocer y confesar como los padres del concilio y todos los fieles de aquel tiempo, que á san Leandro, despues de Dios, se debe tan completo triunfo y el éxito dichoso de tan gloriosa empresa. A nosotros toca publicar en su elogio lo que los libros santos dicen en elogio del piadoso Josías: *Abstulit cunctas abominationes de universis regionibus filiorum Israel, et fecit omnes qui residui erant in Israel servire Domino Deo suo. Cunctis diebus ejus non recesserunt à Domino Deo patrum suorum.* Destruyó la herejía y restableció la pureza de las costumbres, de la fe y de la paz en nuestra España, haciendo que en sus dias sirviesen todos al Señor Dios de sus padres. Logró el empeño de toda su vida, y llenó el destino para que el Señor le eligió; y le logró, como hemos visto, no con las astucias de una prudencia y sabiduría humana, con esa política terrena que consiste en plegarse á la voluntad de los que dominan segun las circunstancias; no con sacrificios que degradan y envilecen; no con las violencias de la fuerza armada ni el prestigio del poder; sino con la virtud, con la ciencia de los santos, con la fortaleza apóstolica de los héroes de la religion. España reconocerá siempre que es deudora de su prosperidad y catolicismo á un Leandro, monje de san Benito; á un Leandro, arzobispo de Sevilla; á un Leandro lleno de la ciencia y del espíritu de Dios y ajeno de todas las pretensiones del mundo. Al ver la tranquilidad de sus pueblos, el restablecimiento de sus solemnidades religiosas, la confusion de la herejía y las dulzuras de la paz, no podrá ménos de confesar España, como el pueblo escogido en tiempo de los Macabeos, que todo lo debe á la piedad de este santo sacerdote: *Propter Onie pontificis pietatem.*

Tales son los medios por donde se logran los dones del Señor; los medios adecuados para ajustar la paz y dar la felicidad á los pueblos; los medios para conseguir las grandes empresas. Huyamos de los medios reprobados por la religion; no aspiremos ni reconozcamos otra ciencia que la que es conforme á las máximas del Evangelio, imitemos á san Leandro en su virtud, en su ciencia y en su fortaleza, y aunque nos acarreamos la contradiccion y las persecuciones de este mundo, conseguiremos al fin el premio de nuestros trabajos en la gloria.

Glorioso santo, honor de nuestra patria, desde esa mansion de felicidad y gozo inexplicable interceded con el Señor para que mire con misericordia á esta nacion católica : alcanzad que desaparezca de ella en nuestros dias la impiedad, la corrupcion, el libertinaje, esa ciencia orgullosa, altanera y diabólica que tanto domina y que tan rápidamente socava á la sociedad y á la religion por sus cimientos; alcanzad que nuestros superiores y magistrados nos dirijan y gobiernen por las máximas de la sabiduría del cielo, para que no nos apartemos del Señor Dios de nuestros padres en esta vida, y le alabemos despues en vuestra compañía por toda la eternidad en la gloria. Amen.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

LA VIRTUD SÓLIDA ES LA QUE DA LA VERDADERA GLORIA.

Scitote quoniam mirificavit Dominus sanctum suum.

Sabed que el Señor ha hecho admirable y glorioso á su santo.

Salmo 4. v. 4.

¿Qué son las glorias de este mundo sino sombras que pasan, sueños que engañan, ilusiones que desaparecen y lijeros pasatiempos que se olvidan? Las grandes empresas y conquistas de los emperadores y la ostentacion con que celebraron sus triunfos, la ciencia tan celebrada de los sabios y legisladores, el valor y los esfuerzos de los guerreros que se sacrificaron por su patria apenas se recuerdan en las generaciones siguientes, si ya no es que se envuelve su memoria con la de sus crímenes y se mancha con los borrones de sus torpezas, de sus fragilidades, de sus injusticias y de sus tiranías. Aquellos que se distinguieron en el mundo por sus destinos, por sus dignidades y riquezas, murieron y apenas hubo quien acompañase á sus exequias, ni dejaron tras de sí sino el olvido y abandono de los demas hombres, por mas que levantaron sus sepulcros sobre los de la muchedumbre y estamparon sus nombres en los bronces y las piedras. Esas representaciones y fiestas en que reúne el arte y el interes todo cuanto puede excitar á la complacencia y el de-

Glorioso santo, honor de nuestra patria, desde esa mansion de felicidad y gozo inexplicable interceded con el Señor para que mire con misericordia á esta nacion católica : alcanzad que desaparezca de ella en nuestros dias la impiedad, la corrupcion, el libertinaje, esa ciencia orgullosa, altanera y diabólica que tanto domina y que tan rápidamente socava á la sociedad y á la religion por sus cimientos; alcanzad que nuestros superiores y magistrados nos dirijan y gobiernen por las máximas de la sabiduría del cielo, para que no nos apartemos del Señor Dios de nuestros padres en esta vida, y le alabemos despues en vuestra compañía por toda la eternidad en la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN LÉSMES ABAD,

PATRON DE BURGOS.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

LA VIRTUD SÓLIDA ES LA QUE DA LA VERDADERA GLORIA.

Scitote quoniam mirificavit Dominus sanctum suum.

Sabed que el Señor ha hecho admirable y glorioso á su santo.

Salmo 4. v. 4.

¿Qué son las glorias de este mundo sino sombras que pasan, sueños que engañan, ilusiones que desaparecen y lijeros pasatiempos que se olvidan? Las grandes empresas y conquistas de los emperadores y la ostentacion con que celebraron sus triunfos, la ciencia tan celebrada de los sabios y legisladores, el valor y los esfuerzos de los guerreros que se sacrificaron por su patria apenas se recuerdan en las generaciones siguientes, si ya no es que se envuelve su memoria con la de sus crímenes y se mancha con los borrones de sus torpezas, de sus fragilidades, de sus injusticias y de sus tiranías. Aquellos que se distinguieron en el mundo por sus destinos, por sus dignidades y riquezas, murieron y apenas hubo quien acompañase á sus exequias, ni dejaron tras de sí sino el olvido y abandono de los demas hombres, por mas que levantaron sus sepulcros sobre los de la muchedumbre y estamparon sus nombres en los bronces y las piedras. Esas representaciones y fiestas en que reúne el arte y el interes todo cuanto puede excitar á la complacencia y el de-